

GRIETAS EN EL TIEMPO

Me detengo a contemplar, por unos minutos, la belleza adolescente que desborda su imagen. Llena de ingenuidad, clava la mirada en amores platónicos. Sus labios entreabiertos pronostican besos futuros. El cabello, recogido en un moño, deja un mechón rebelde al azar sobre su frente. En las manos sostiene un sombrero de paja. Un pañuelo bordado con flores abraza su figura y el tejido de paño de la falda cubre sus piernas hasta por debajo de las rodillas. Viste medias tejidas con destreza y calza alpargatas artesanas. Su piel es blanca y no está curtida, como la de su abuela. Sus manos son suaves y su expresión ha desterrado la huella de luchas y sufrimientos pasados. La muchacha luce con orgullo, para la celebración, aquello que su abuela vestía día a día para la labor.

Es fiesta en el pueblo. Todo está engalanado. El aire huele a dulces y aguardientes. La música del tamboril y la flauta mancilla el silencio y quiebra sombras de soledades. Ella ha nacido en una gran ciudad, aunque por sus venas corren aún los anhelos de sus padres. Tras los pasos de la añoranza, la familia se reúne de nuevo en el origen y por un periodo ínfimo comparten, con voz quebrada, viejas coplas, vinos recios y calderetas de sabores olvidados.

La joven descansa un momento junto a sus amigas ocasionales. Sus formas de hablar delatan lugares distantes. En común no tienen más que su atuendo y sus antepasados. Todo lo demás es casual.

Un fotógrafo aficionado dispara su cámara y capta el instante. Ve el resultado en la pantalla digital y un escalofrío recorre su cuerpo. Parece que se ha abierto una grieta en el tiempo, por la que el flujo lento y espeso del pasado se funde en un presente que en el fondo es completamente diferente.

EL ETERNO RETORNO DE LAS COSAS

El viento mece los juncos
cuando el día envejece
en un cielo
sembrado de naranjas.

El sol agoniza en el horizonte
y refleja su último aliento
en las aguas metálicas.

El final es un comienzo
y la muerte pare
el reino de la luna.

Palpitamos
en un ciclo infinito
en el que somos lo simple,
pequeñas partículas
que se arrastran al antojo
de los elementos.



DESEO

Hacía tiempo que la había abandonado. Al principio la echó de menos, pero consiguió aborrecerla. La veía a menudo junto a otros y no se explicaba el embrujo que despertaba. Pero un buen día, sin saber porqué, se acercó de nuevo a ella. Su voz femenina y un punto metálica sonó como una sentencia: "Su tabaco, gracias".

LA TRAICIÓN

Fraguaron la traición en su ausencia. Aprovecharon la oscuridad de la noche, la soledad de la casa y el frío de las sábanas para el ataque letal. Cierto era que los balances marcaban pérdidas terribles, pero de malas situaciones habían escapado otras veces. Mientras, en la distancia, se dejaba adular por los vasallos de los traidores. Entretenían sus horas y le ofrecían los mejores vinos con falsas sonrisas. En las sombras se afilaban los cuchillos. No pudo escuchar los gritos agonizantes del animal. Deseaban que sufriera y lo hicieron lentamente.

Se despertó sobresaltado en la madrugada, quizás en el mismo instante en el que la desgraciada criatura dejaba de respirar. Entre las tinieblas de la resaca intuyó lo que había sucedido. Llamó a sus amigos y compartió sus sospechas. Todos decían no creerle, pero algunos, los más cercanos y malvados, cruzaban miradas de duda y espanto. No se podían explicar aquel presentimiento. Tuvieron miedo de su ira.

Cuando regresó a Ítaca, consultó el libro de cuentas y en las últimas hojas, las gotas de sangre confirmaron sus temores. No vertió ni una lágrima. El cadáver nunca apareció. Lo habían enterrado en la cueva más profunda. No esperó la celebración de los funerales y se marchó para siempre, antes de que algún amigo aprovechara la palmada en el hombro para hundirle una daga por la espalda. Desde la distancia, volvió la vista atrás. Su vida pasada se había convertido en un páramo estéril que se alejaba cada vez más. Sonrió y siguió su camino sin olvidarse de arrojar el libro de cuentas al fondo del río que marcaba la última frontera.

EL POZO

No tengo fuerzas
para salir del pozo
en el que cayó mi sombra.

Mis manos resbalan
en el fango viscoso
de las paredes.

Me ahoga
una espiral
de vapores letales.

Me hundo
sin el amparo
de
una
s
o
g
a



COSTUMBRES

Le encantaba pasear en las mañanas de domingo por el parque. Siempre había músicos callejeros que impregnaban el aire de melodías. Disfrutaba con la música, aunque hacía años que estaba completamente sordo.



COMIDAS PARA LLEVAR. Víctor M. Jiménez
Relatos Breves. *Colección Me Pirra* - 12 € - 100 páginas.
PIDE TU EJEMPLAR: andradacc@yahoo.es



Víctor Manuel Jiménez Andrada. 2011
www.papirowebxia.com
andradacc@yahoo.es



Todos los textos están registrados
Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 3.0

Letras Breves

poesías y microrrelatos

Nº 5
oct-dic 2011



Víctor Manuel Jiménez Andrada
www.papirowebxia.com

PRESAGIO DE OTOÑO

Hojas
que
caéis...

Dejad que me coma
vuestra esencia ocre.

Amargo
sabor
indispensable
brebaje
vida
escondida
secas
venas

Dadme vuestras entrañas

Hojas
que
caéis....

